

Leonid Grossman y Rafael Cansinos Assens

Jordi Morillas

Entre todos los autores que leyeron y divulgaron la figura de Leonid Grossman en el mundo hispanohablante se destaca con diferencia Rafael Cansinos Assens. Así, no sólo hay que recordar el uso que de él hace en su edición de las obras completas de Dostoievski de 1935¹, sino también en sus distintos artículos publicados con anterioridad en diarios españoles como, por ejemplo, el dedicado a comentar ampliamente una obra publicada por Grossman en 1924 y que se tradujo posteriormente al alemán: *Исповедь одного еврея* (Confesión de un judío). En su artículo-reseña, Cansinos Assens exponía el contenido de la obra de Grossman, a la vez que le servía para hacer una apología del pueblo judío, de su influencia innegable en la cultura universal, en este caso concreto, en la rusa a través de sus discusiones políticas con Dostoievski y con mandatarios gubernamentales de la época.

Debido a la importancia de este texto, de difícil acceso en la actualidad, se transcribe a continuación, respetando en todo momento la ortografía y la sintaxis del autor, así como acompañándolo de toda una serie de notas explicativas.

¹ En su estudio introductorio a la vida y a la obra de Dostoievski («Introducción: Fiódor M. Dostoyevski. Su vida y su obra», en Fiódor M. Dostoyevski: *Obras completas*. Traducción directa del ruso, introducción, prólogo, notas y censo de personajes por Rafael Cansinos Assens. Editorial Aguilar, Madrid, 1977, tomo I (1844-1865), págs. 9-100), Cansinos Assens menciona «los trabajos de Grossmann referentes a los años de juventud del escritor», especificando posteriormente los siguientes títulos: *Tvorchestvo Dostoevskogo, 1821-1881-1921. Sbornik statei i materialov* (La obra de Dostoievski, 1821-1881-1921. Colección de artículos y materiales), 1921; *Put' Dostoevskogo* (El camino de Dostoievski), 1924; *Spor o Bakunine i Dostoevskom* (Discusión sobre Bakunin y Dostoievski), 1926 y *Zhizn i trudy F. M. Dostoevskogo. Biografiya v datakh i dokumentakh* (Vida y obra de F. M. Dostoievski. Biografía con fechas y documentos), 1935. Asimismo, Grossman es una fuente imprescindible en las reflexiones de Cansinos Assens sobre la posible identificación de Stavroguin con Bakunin.

Beichte eines Juden (Confesión de un judío)², por Leonid Grossmann³

Por Rafael Cansinos-Assens

El judío que en este libro de Grossmann se confiesa es el publicista judeo-ruso Abraham Uriah Kovner, o si lo preferís, Albert Kovner, de Vilna, que se hizo célebre en su tiempo, no por su obra literaria, sino por la estafa de que en 1875 hizo objeto al Banco de Descuentos de Petersburgo, donde estaba empleado, y que ahora pasa a la posteridad merced a estas cartas suyas, escritas desde la prisión que Grossmann exhuma. Kovner, como tantos otros escritores, se lo debe todo a la cárcel, pues ésta, impidiendo su nomadismo hebraico, tulléndole los pies, le obligó a concentrar toda su actividad en la mano escritora. Desde su celda de la cárcel, Kovner aparece en correspondencia, o en media correspondencia, con los escritores más famosos de su época: con Dostoyevski, con Nekrasov, con Tolstoi... La actividad epistolar de Kovner raya en grafomanía, y es terrible la pluma de ese hombre que escribe cartas a todo el mundo, cuadrículadas con la reja de su prisión. Diríase que tiene la manía epistolar, manía, al fin y al cabo, muy judaica, si se tiene en cuenta su hermano de raza Pablo de Tarsos (*sic!*). Desde el fondo de la cárcel, donde los no escritores se limitan a garrapatear en las paredes, este hombre inquieto, lleno de vida, que ya le ha dado una dentellada, aunque inútil, al millón y conserva su regusto acre y fuerte, revuelve las Redacciones de todas las revistas de Moscú y Petersburgo y dirige epístolas tremendamente largas e inquietantes a gentes atareadas y tranquilas como Dostoyevski. La cárcel le sirve de membrete, de reclamo y de excusa, y en nombre de ella implora, molesta y dice las verdades. ¿Se sabe toda la impunidad que da el hallarse tras de una reja? Díganlo, si preciso fuere, los cenobios. El preso, cogido a los barrotes de su reja carcelaria, tiene ya la tela de araña tejida, y araña es sin dejar de ser mosca. La reja le tachona el pecho de cruces en serie y le confiere un extraño poder. ¿Quién deja, por lo menos, de contestar la carta de un preso? El preso, como el monje,

² Leonid Großmann: *Die Beichte eines Juden in Briefen an Dostojewski*. Herausgegeben von René Fülöp-Müller und Friedrich Eckstein. R. Piper & Co. Verlag, München, 1927. Tanto por el hecho de que cita la obra de Grossman por su versión alemana, como por la forma de transliteración del apellido del investigador ruso, parece evidente que Cansinos Assens trabajó con esta traducción. Asimismo, en la estructuración del texto, el autor sevillano respetaba el índice de la obra que rezaba de la siguiente manera: «En el gueto occidental», «El Písarev del judaísmo», «El experimento Raskólnikov», «El epistolario con Dostoievski» y «La amistad con Rozánov». (De aquí en adelante, todas las notas son de Jordi Morillas.)

³ Artículo publicado originalmente en el diario *La Libertad*, año XVII, núm. 4.800 (20 de agosto de 1935), págs. 3-4. También apareció en ese mismo año en la revista argentina *Judaica* y en 1959 en el número 82 de *Davar*, de la Sociedad Hebraica Argentina (págs. 51-56).

puede dirigirse a todo el mundo; su tragedia, la publicidad de su tragedia le hace de pronto personaje público, le planta paradójicamente en medio del arroyo y le pone en el mismo plano que a los magnates y a los hombres célebres. Las celdas de las cárceles, como las de los monasterios, tienen hilos de comunicación directa hasta con los tronos. El preso adquiere de pronto categoría de mayúscula. Es el Preso y puede entablar el diálogo con las demás mayúsculas sociales.

A. G. (*sic!*) Kovner usa y abusa de ese derecho y lo desahoga en forma epistolar, sabiendo que será atendido. Él, que ha tenido ya momentos de verdadero escritor, pero que permanece aún casi del todo ignorado, satisface en letra manuscrita su ansia de la letra de molde y da pábulo en sus epístolas a un ansia publicitaria que la cárcel acrece. No hay como verse encerrado para sentir el ansia de escribir. No se concibe una celda sin tintero y pluma, y el libro es el pájaro natural de ese nido. Kovner escribe, pudiera decirse, a dos manos, con una celeridad que hace pensar en la pandactilografía. Es natural que así sea, pues ese escritor encarcelado tiene obras que quisiera ver publicadas y cuya publicación gestiona desde su antro, y además necesita dinero, que una cárcel es tan onerosa como un gran hotel. Pero hay además otra razón. Que ese judío es un espíritu inquieto, discutidor, de la raza paulina. Lee allí en su celda las revistas rusas y no puede menos de expresar sus objeciones y comentarios, aunque sólo sea en una carta. Kovner es ese tipo curioso de escritor que está llamado a no publicar ningún libro y hacerse, sin embargo, un puesto en la literatura con sus cartas. Los demás escritores parecen escribir con los tipos de imprenta, mientras él sólo escribe a lo primitivo, con la pluma, esa pluma que parece arrancarse de su propio cuerpo. No llega al libro, sino a su aproximación, la carta. Pero esa carta les lleva igualmente a la celebridad póstuma, a la inmortalidad, pudiendo decirse que son náufragos del libro que se salvan en esa tabla de papel. A su muerte, Kovner, que no escribió nunca un libro, mereció un libro —«Confesiones de un judío»—, donde Leonid Grossmann lo enterró momificado, con toda su valija epistolar. Y ahora ese judío oscuro, aventurero y delincuente, aparece unido por los mimbres de sus cartas a los hombres más ilustres de su época, y por la mina abierta en su celda escala las cumbres de la literatura rusa.

A. G. (*sic!*) Kovner tenía además derecho a pasar a la historia de la literatura de su país, pues era realmente un pensador vigoroso y un escritor ágil y expresivo, un representante del nuevo espíritu racionalista y casi un «demonio» de los de Dostoyevski.

Su biografía, esparcida acá y allá en su correspondencia, es muy interesante, pues le sirve de fondo a su infancia el cuadro bárbaro y pintoresco de la vieja Rusia. Kovner ha conocido los tiempos de la esclavitud, de los castigos corporales, del «knut»⁴ omnipotente, de la Rusia todavía asiática y bizantina; pero ha conocido también la reforma de Alejandro II, la abolición de la esclavitud, el nihilismo, las bombas. Ha visto romper la nueva aurora, que empezó en rosicler y ha terminado en el bermellón de los Soviets. En ese río revuelto ha querido pescar el millón, sea como fuere, y poniendo de acuerdo su ideología con sus actos ha proclamado con el *ukas*⁵ del individuo que la propiedad es un robo. A su manera ha puesto una bomba contra el Estado, hiriéndole en su entraña vital: la propiedad. Ha socializado 168.000 rublos. Pero lo ha hecho, además, con el sentimentalismo idílico y rusioniano⁶ de la utopía; con la idea de hacer felices a una mujer, a la que ama, y a toda su familia mísera (la utopía total, incluyendo hasta a la suegra). Es una réplica del Rodion Raskolnikov, de Dostoyevski, del nivelador a hachazos, en carne de viejas, de la desigualdad social; ha leído su historia e imitado su gesto, y eso le confiere también categoría de criatura dostoyevskiana y le relaciona, desde luego, con el gran escritor admirado, en cierto sentido de «clientela». No ha hecho más que poner por obra en la realidad y aun en proporción mínima la fórmula del famoso y brutal estudiante. Kovner es una moraleja para Dostoyevski y en cierto modo una responsabilidad. De ahí que el novelista responda, desde luego, a su primera carta, aunque eludiendo delicadamente toda colaboración moral en ese violento capítulo de «la lucha por la existencia»⁷. Luego, la detención, el proceso, su matrimonio en la cárcel con la

⁴ Del ruso «кнут» (látigo), es decir, el instrumento con el que en la Rusia Imperial se castigaba a los delincuentes. Metafóricamente puede tener también el significado de tortura.

⁵ Del ruso «указ» (edicto, decreto, también transliterado como «ucase»), se refiere a un tipo de proclamación, que podía ser realizada por el zar, el gobierno o un patriarca y que tenía el rango de ley.

⁶ Es decir, *rousseauiano*.

⁷ En la introducción que Cansinos Assens acompaña a su edición de las obras completas de Dostoievski de 1935 explica esta cuestión de la siguiente manera: «Por rara casualidad, un estudiante ruso hubo de cometer por aquellos días un asesinato, confirmando así la realidad, y su teoría utilitaria del asesinato, expuesta por Dostoyevski en contradicción con su otra tesis, la del crimen, piedra de toque del superhombre – Raskólnikov justifica su asesinato alegando que aquella vieja usurera no producía el menor provecho a la sociedad y era un valor negativo–, fué llevado a la práctica poco después por un judío ruso, Albert Kovner, que estafó a un Banco con el piadoso fin de salvar de la miseria y de la tuberculosis a la hija de su patrona. Detenido y encarcelado, escribió una carta a Dostoyevski exponiéndole su caso de conciencia y recabando en nombre de Raskólnikov la absolución de su moral suprema. Dostoyevski respondióle con otra epístola muy hábil, en la que le expresaba plena comprensión de su acto, y eludía, no obstante, el comprometedor gesto absolutorio. El episodio está muy largamente expuesto en la historia del evangélico delincuente –el buen ladrón–, que más adelante, en su correspondencia con Dostoyevski, se fué convirtiendo en un verdadero escritor de vigoroso temple». Rafael Cansinos Assens: «Introducción: Fiódor M. Dostoyevski. Su vida y su obra», en Fiódor M. Dostoyevski: *Obras completas*. Traducción directa del ruso, introducción,

novia pobre y enferma, que muere a poco del dolor del escándalo, y después la condena a cuatro años de presidio mayor, que quedan reducidos a la deportación en Siberia. Y allí, en aquella tierra virgen, que de la virginidad tiene el frío quemante; en aquella tierra inmensa como una América congelada, nuestro estafador rusioniano⁸ encuentra, por fin, la felicidad: un sol que dora sus canas, una mujer fiel y cariñosa e hijos que rodeen con calor de hogar su sillón de «paterfamilias». Kovner rehace su vida. Mas tarde vuelve a Rusia, desempeña cargos oficiales, y, finalmente, muere en Varsovia -1909-, a poder de unos cirujanos, que le hunden el bisturí en los intestinos... A. G. [*sic!*] Kovner es todo un figurón de la época.

*

Pero, sobre todo, Kovner es un figurón judío de la época. Un intelectual judío. También dentro de su raza marca un momento de transición. Se ha criado, según él mismo nos cuenta, según las tradiciones judaicas: ha asistido a la *yeschibá*⁹ y conoce como sus bolsillos todos los recodos, sinuosidades y repliegues de la sabiduría talmúdica. Es hijo de una familia judía, numerosa y pobre, lo que está dentro de la tradición –y explica, de otra parte, su ulterior delito–, pues toda su juventud le ha de perseguir la penuria. Y él también, siguiendo la norma patriarcal de esa raza procreadora, se ha casado muy joven y ha empezado a tener hijos, aunque sin pasar de la unidad, a causa de la prematura viudez. Pero en cuanto se ve libre, el joven Kovner, que ha sentido llegar hasta el ghetto [*sic!*] los aires de la «ilustración» alemana, el mensaje que los judíos germánicos envían a sus hermanos de Rusia, se traslada a Odesa, con ansia de ilustrarse, de adquirir en aquella Universidad la cultura europea, que es la única cultura, y arrumbar en los desvanes de su memoria toda la falaz sabiduría de los infolios talmúdicos. Allí en Odesa la figura de Kovner se crece, gallardea, alterna con espíritus libres y despreocupados, se inicia en la moral nueva. El judío se hace hombre. Aunque lo que pasa en el fondo es que el judaísmo se remoja en él, en su juventud; se vitaliza más al salir de la judería y beber ampliamente el oxígeno de la vida libre. Toda su vida será Kovner un judío, un judío ferviente, un paladín del pueblo judío, aunque niegue a Jehová y se ría de sus barbas de viejo conserje. Opérase en él un proceso psicológico por el que pasa todo judío que por primera vez se

prólogo, notas y censo de personajes por Rafael Cansinos Assens. Editorial Aguilar, Madrid, 1977, tomo I (1844-1865), pág. 53.

⁸ Véase nota 6.

⁹ Correcto sería *yeshivá*, esto es, centro de estudios exclusivo para hombres de la Torá y del Talmud.

asoma al Mundo. La judería parecele pequeña y mezquina. La Biblia un libro entre los libros. Ábrese por entero a la Humanidad, a la Humanidad toda, sin nombres ni distingos. Los valores religiosos y nacionales ceden en él el puesto a los valores culturales, cosmopolitas. (Una suerte de filantropía cultural). Bien; pero todo eso es, en el fondo, un desahogo de espíritu resentido con Jehová, que no ha redimido a su pueblo; pero todo judío, y mientras más culto mejor, sabe que ese Jehová es, sencillamente, el propio pueblo judío y no el fantasmón de las estampas bíblicas, y así, al quitar a éste de en medio con el papirotazo del resentimiento, aparece con más claridad ese pueblo judío en toda su magnífica y trágica grandeza. Y así, lo que se niega en el terreno religioso se afirma en el orden humano. Y como el hombre cosmopolita, humano y sentimental, está obligado a ser un campeón de la justicia y de la igualdad sociales, y nadie más postergado, más humillado y oprimido que el pueblo hebreo, más burlado en su anhelo de equidad que ese Shylok [*sic!*] que llora y gimotea su derecho todo a lo largo de su larga historia, con el sambenito aún de opresor del cristiano, el hombre de la utopía inevitablemente ha de romper por él su primera lanza de Quijote y a él ha de llamar antes que a nadie al convite pascual de la Humanidad nueva. De donde al fin se sigue un nuevo incremento de los valores judíos, que antes eran religiosos y ahora son simplemente humanos y rentan más.

Ese proceso se cumple en Kovner, que renegando sinceramente en nombre del racionalismo científico de Jehová y de sus Biblias y Talmudes, y considerándose desligado en absoluto de sus hermanos de raza –cual si hubiese cortado de pronto un anillo de la evolución orgánica– por haber dejado de serlo de religión, es toda su vida el abogado de los judíos ante los escritores que los atacan y ante los Poderes públicos que los postergan. Por sus cartas a Dostoyevski puede verse el ardor con que defendía a sus hermanos de raza ese negador del prejuicio racial, sin que sirviera a intimidarle la admiración que, sin duda, sentía sincera por el genial artista. Su réplica a Fiodor Mijailovich respira noble pasión por una causa justa, y no puede negarse que en el fondo es incontrovertible. A la pasión de Kovner por el pueblo judío opone Dostoyevski su pasión por el pueblo ruso, echando a reñir dos martirologios. Dostoyevski combate al judío por piedad de su pueblo ruso, y por igual razón defiende Kovner a su pueblo hebreo. Pero en este terreno sentimental, el Judío vence, pues no hay martirio tan largo como el suyo. Y en el puramente racional, ¿cómo negarle al pueblo hebreo de Rusia la igualdad de derechos que invoca, sobre todo cuando, según Kovner argumenta, satisface los

mismos impuestos? Planteada así la cuestión, Kovner está más en lo firme que Dostoyevski. Y el gran escritor vese obligado a dar en cortesía a su contrincante lo que niega a su pueblo de justicia. Recordemos aún que esa petición de que los judíos sean equiparados con los rusos llega a ser el lema de batalla de ese judío batallador a lo largo de toda su vida. Y así lo vemos en 1897 entregando a Muraviev, ministro de Justicia por entonces, un «Memorándum» en el que ha recapitulado todas las reivindicaciones judías, y del que el ministro no hará el menor caso. Después de eso, en 1903, se consumará el terrible «progrom» de Kischinev, que ha inspirado a Bialik su no menos terrible concitación de versos, y Kovner lanza sus trenos rugientes de profeta contra los asesinos y amparadores. Por cierto que sin perdonar tampoco a las víctimas, sino flagelándolas con el guante de crin, como Bialik. «Pero los más culpables de todo son los propios judíos, que han consentido la matanza y el saqueo...» (Carta al escritor ruso Rosanov¹⁰.)

*

Pero este judío hasta el tuétano se casa, cumplidos los cincuenta, con una jovencita cristiana, y para llegar hasta ella pasa por las horcas caudinas de la conversión a la ortodoxia. De suerte que el hombre emancipado que había renegado de Jehová acaba aceptando a Cristo. Pero, en fin, después de todo, también eso venía a ser una extensión del injerto hebreo en el cristianismo. Kovner no hizo más que socializar una mujer joven y bella como había socializado los 168.000 rublos de la Banca petersburguesa. ¿Que para eso había que ponerse el marbete ortodoxo? Pues fue y se lo puso. La cosa era no llegar solo, sin calor de hembra, a la vejez. Kovner sabe situar bien sus últimos relieves juveniles. Y hasta en eso asoma su sentido práctico judío, no sin cierto encarecimiento de ironía. Convertirse puede ser una forma de divertirse.

¹⁰ Cansinos Assens se refiere por supuesto a Vasili Vasílievich Rózanov (1856-1919), escritor y filósofo ruso, autor de un «comentario crítico» con el título de *Leyenda del Gran inquisidor de F. M. Dostoievski* (1894) que ha tenido la desgracia de ser pasar a la historia de la investigación dostoievskiana, entre otros motivos, por haber introducido el equívoco de «leyenda» para referirse al *poema* de Iván Karamázov en *Los hermanos Karamázov*.